

ECLOSIÓN

Beatriz Malo



Image not found.

Capítulo 1

ECLOSIÓN.

Beatriz Malo.

El primer día de su exilio dio nombre a su propia sombra, Resha, para convertirla en su única compañera. Le permitió separarse de él para indagar en cada una de las cavidades. Gracias a ella pudo conocer aquel mundo subterráneo, las grutas, los pozos, las salas inmensas bajo el nivel de la tierra con lagos y decoradas con piedras cristalizadas, las incontables bifurcaciones y la última grieta. Hacía seiscientos años que había encontrado el final y le había guiado hasta esa última sima. Allí, a veces, sentía el fuego del interior de la tierra.

Había observado a Resha fundirse en la niebla que emanaba de las paredes. Se acercó al lugar donde ella había desaparecido y tocó la superficie, suave, mojada, cálida. Resha había sido su guía en la oscuridad del monte Derten, y sus ojos fuera de allí. Ella sí podía sentir el paso del tiempo. Le había mostrado el curso de la historia, a reyes, a ciudades caer y levantarse incansablemente. Y guerras. Esta vez, la ciudad a los pies de la colina llevaba el nombre de Kaffa. La guerra había vuelto a las inmediaciones de la "Gruta Negra", como la llamaban los hombres. Su cárcel. Durante los últimos siglos se había convertido en su santuario.

Las últimas palabras que le había transmitido su sombra habían sido las de Harwan. Al fin. Él había sido al único señor al que sirvió. *En tres días sonarán los cuernos y los tambores de guerra.* Llevaba mucho tiempo esperando ese mensaje. Sabía que debía estar preparado para él. Hacía seiscientos años le había despedido en una de las salas de la gruta. Había sido una pequeña, cercana a la entrada, donde no había tanta humedad. Ese día le había ordenado la tarea de forjar de nuevo una semilla que destruyera a los hombres. Su presencia le había provocado siempre una devoción incondicional. Aquella vez sintió terror. Vio en él una mirada distinta. Implacable.

Todavía con las manos sobre la piedra, con la neblina deslizándose entre sus dedos, sintió a su sombra rozando su piel. Desde entonces le respetó aún más que por el simple hecho de confiar en sus dones. Muchas veces había enviado a Resha a buscar a Harwan, a observarle. Siempre de lejos. Hasta el fin de la última plaga había intuido en él una pizca de remordimientos. Ese leve contacto le transmitió de nuevo lo que ella había visto desde que le visitó por última vez. Nada en él había cambiado. Sólo sus costumbres se habían ido adaptando a las nuevas circunstancias.

Quizá le había hastiado el tiempo del que él había sido privado.

Se volvió, sonriendo, hacia el altar donde se levantaba su creación más perfecta. Un huevo negro, pequeño, surcado por venas púrpuras, que emitía un brillo grisáceo. Le había seducido, le había perturbado, aún más cuando pudo sentir bajo sus manos, en el latido a través de las venas, la concentración de la enfermedad más mortal que había creado. Había procurado además que fuera temida, que se distinguiera de otras por su terrible aspecto. Los hombres no podrían ocultarla. La mayoría irían marcados por los bubones negros, hinchados, que acabarían por estallar en una mezcla de pus y sangre. Para otros, irían acompañados por fuego en los pulmones y esputos de sangre. Sólo con algunos tendría piedad y la enfermedad pasaría por ellos en una sola noche, sin sentirla, sólo al final.

El hombre había sido su desafío. Había asolado su mundo una y otra vez, y nunca fue capaz de aniquilar a todos. Llevaba seiscientos años forjando la semilla de la muerte para Harwan. Aquella que superara a la que guardaba el primero de los creadores en el tesoro del Palacio del Cielo. Sólo él conocía el secreto para engendrarla y hacerla germinar. *Pero eso ya no importa.*

Él había trabajado en la forja del primer hombre. También vio la fundición de la semilla. Había reído cuando recibieron en la fragua la orden de crear a esa criatura. Supo desde el principio que sería vulnerable, que alguno de los cinco anhelaría utilizar la semilla. En los subterráneos del Palacio llegaban ecos de las grandes decisiones de los primeros tiempos. Él siempre se había burlado en silencio de las pretensiones de sus señores. Intuyó también las escisiones que desembocaron por la nueva creación. Jamás sospechó que sería uno de ellos el que le brindaría de nuevo la libertad. Nunca supo el don que Harwan había entregado a los hombres para recurrir a él con aquella decepción, la que había sido su salvoconducto. *Y mi condena*, reconoció con una sonrisa. La humedad y las profundidades del monte Derten habían sido la consecuencia del primer desafío, cuando apoyó la rebelión de Harwan. Cuando buscaron por primera vez la semilla. Fue al único que expulsaron del Palacio del Cielo junto a él, cuando comprendió lo que él llevaba advirtiendo desde que labró el primer molde.

Sintió un extraño placer al notar los latidos del huevo. En Derten trabajó siguiendo los patrones de la forja del Palacio del Cielo. Se había equivocado al emular los pasos de la semilla original. *Sólo tenía que cambiar el material*, se repetía, como tantas veces desde que encontró la solución. Había sido tan sencillo desde que lo advirtió. Sin embargo, a veces, distinguía en la humedad oscura de la gruta aromas que le trasladaban a ese lugar que los creadores le habían asignado, poco después de haberse creado el mundo. De aquel momento recordaba el olor a azufre, y el primer impulso que le había llevado a desafiar el orden impuesto por los cinco creadores. Cuando fue consciente de ser él, en el

instante en que supo quién era. Allí, en la fragua, había calmado la sed de una venganza caprichosa. *Quizá fuera el calor, suspiró, o el aroma a metal fundido.*

- Esto debe ser suficiente – dijo en voz alta.

Tras él sintió la presencia de Resha. *Esto será suficiente.* Ese huevo contenía su esencia más pura. Resha le había transmitido las leyendas que contaban de él en los últimos siglos. No sabía qué significaba la palabra “demonio” que ella tantas veces le había mencionado. Era el patrón común de todas ellas. Le identificaban con el demonio que extendía el caos sobre la tierra, un hombre con la cara sembrada de cicatrices, oculto bajo una capa pagana de color púrpura. El manto que llevaba le había ofrecido un poco de calor hasta encontrar la última sima de Derten. Recordaba el color púrpura. El brillo intenso a la luz del fuego de la túnica de Harwan, cuando comenzó a frecuentar la forja. A veces simplemente bajaba, observaba y se marchaba. Nunca habló con nadie salvo con él. Al final. Todos los que trabajaban allí habían temido sus visitas. Él lo había observado con precaución. Nunca le había mirado a los ojos, sólo lo hizo después, a través de Resha. Cuando ella encontró su manto abandonado en una de las grutas de Derten, le había llevado hasta allí. Harwan lo había dejado con todas sus antiguas vestimentas cuando pudo liberarse de la maldición.

Desde que él se marchó, la guerra había sido su aliada. Él sabía encontrar el momento adecuado para causar el mayor daño posible a los hombres. *La guerra comenzará en tres días,* repitió en silencio el mensaje de Harwan, acariciando el huevo, sosteniéndolo por un momento, sintiendo sus latidos. Con el tacto de la muerte perdió de nuevo la percepción de su propia conciencia. El cristal puro de una geoda púrpura había sido el recipiente que Resha encontró para él. En el corazón de la cueva, donde debía regresar para encontrarse con Harwan.

- Es la hora.

La voz de Resha sonó clara, una melodía que se repitió en los ecos de la última ramificación de la gruta. Las leyendas contaban que era interminable, que a través de ella se descendía a los infiernos. Sonrió, aún con el huevo entre las manos. Con cada paso dejó atrás siglos de trabajo, de experimentos a partir de los fracasos anteriores.

Harwan estaba esperándole a los pies del lago, en el corazón del monte Derten. Le vio a través de Resha, con una antorcha en la mano, y su sonrisa, que delataba la fascinación por el presente que le traía. Ahora vestía como los hombres y los reyes que había visto en los últimos siglos a la cabeza de los ejércitos. Se arrodilló a sus pies y esperó su palabra.

- Fuera, en Kaffa – le indicó Harwan –, acaba de amanecer.

Sintió el movimiento de Resha a su alrededor, mezclado con el continuo goteo del agua desde las estalactitas de la bóveda. Se fundió con ellas y se trasladó por la roca hasta alcanzar la cima de la colina de Derten. Le había ordenado con un solo pensamiento que saliera. El ejército que sitiaba la ciudad se movía en dirección hacia la muralla. Ya habían preparado las torres de asalto y las catapultas. Se escuchaban desde allí el sonido de las armas y los gritos de guerra de los generales. Él además pudo oler las primeras muertes.

El temor por separarse de su obra se hizo insoportable cuando Harwan apoyó la mano en su hombro. Desde el instante en que recogió la geoda sabía que tendría que entregarlo. Acarició el huevo intentando alargar los segundos para que Resha volviera con él. Quería verlo por última vez. Sólo vio oscuridad cuando Harwan se lo quitó de las manos y escuchó el impacto sobre la roca. En ese instante vio las consecuencias, mezcladas con el olor a azufre que lo inundó todo al estallar el huevo. Vio el primer cadáver con los signos de la epidemia, impulsado por una catapulta al interior de Kaffa. Vio castillos y poblados fantasmas en oriente y occidente. A un hombre sobre su cama luchando contra las manos de una mujer que le impedía tocarse un cuello infectado. A un soldado palparse las axilas sintiendo por primera vez la enfermedad en él. A una niña rodeada de los cadáveres de toda su familia, sus lágrimas y sus manos manchadas de sangre de su propia tos. Las imágenes de los años que estaban por venir se fundieron con el terror de todos aquellos que recibirían su esencia.

Las visiones aún se repetían en él cuando escuchó el eco de los pasos de Harwan. No oyó lo último que dijo. Cuando el tintineo del agua reemplazó a los recuerdos futuros, Resha se fundió de nuevo con la roca para volver a él. Ya no tenía sentido volver a la sima, quizá cuando anhelara sentir algo de calor. No se había levantado. Se inclinó para recoger los restos inertes de la geoda. No latían. Agachado en la piedra mojada, protegiendo los restos de cristal de roca con su cuerpo, estiró la mano sintiendo la superficie líquida a unos milímetros de su piel. Por primera vez se atrevió a tocar el agua fría. A través de sus dedos sintió su propia esencia, la que había dado vida al huevo. Se alejaba. Esta vez sería suficiente.

